

UNA ECONOMIA COLONIAL: CHILE EN EL SIGLO XVII

por el prof. RUGGIERO ROMANO

Presentamos las conclusiones del apasionante trabajo que con este título ha publicado el profesor Ruggiero Romano en el N° 2 de *Annales*, París. El profesor Romano entregó en dicha revista los resultados de una investigación que él realizó en Chile en el verano de 1958.

Durante medio siglo los precios muestran una tendencia innegable a la estagnación, suceso tanto más notable cuando se piensa un instante en el movimiento de precios en Europa, que por lo menos a partir de 1740 manifiesta una tendencia muy acentuada al alza. ¿Cuáles son las razones de la particularidad del movimiento chileno?

El primer factor es seguramente el gran desarrollo de la agricultura. Hasta el fin del siglo XVII, la agricultura chilena se apoyó esencialmente en la crianza y las viñas: en 1687 el terremoto de Lima y, en los años siguientes, las malas cosechas en Perú, determinaron un vuelco en la vida agrícola chilena: se dirigió al cultivo de los cereales. El trigo, en efecto, halló una gran salida hacia Callao y Lima. De allí la acometida hacia el trigo: ya en 1735 las exportaciones de trigo chileno tenían gran reputación; ella se mantendrá durante todo el siglo XVIII. Pero ese *rush* determinó una sobreproducción insuficientemente contrabalanceada por el aumento del consumo local y de las exportaciones. Precisemos: estos dos factores, en cierta medida, estaban en una fase de crecimiento, pero su ritmo de crecimiento es inferior al de la producción. De allí una baja de precio —el trigo arrastraba a todos los demás artículos— denunciada por todos los cronistas de la época.

¿Por qué las exportaciones no eran suficientes para hacer subir los precios? Porque los transportes estaban en manos de comerciantes peruanos: todos los años una treintena de barcos peruanos llegaba a Valparaíso y sus patrones no ofrecían jamás ("rara vez fletan" dice nuestro documento) sus servicios como cargadores sino sólo como compradores e imponían su precio. Una disposición del 7 de diciembre de 1768 había tratado de frenar este abuso, pero sin resultado, y en 1797 se hacía notar aún que, para impedir a estos mercaderes-armadores imponer su ley en el mercado de Valparaíso, el único remedio para los chilenos habría sido el de poseer barcos con los cuales realizar sus exportaciones directamente al Callao. El camino abierto al trigo por la vía de la sobreproducción fue seguido por otros artículos que se producían en cantidades considerables, lo que determinó malas ventas también en cantidades considerables. Esto explica la leyenda de la rentabilidad del suelo chileno de 1 a 300 o por lo menos de 1 a 100, 80, 70, 60. La fertilidad de Chile estaba junto a la miseria de su población. La una determinaba la otra, por los bajos salarios y el mantenimiento de la gran propiedad.

Pero otros elementos estaban en contra del alza de precios: el tráfico entre Chile y otros países de América no había aumentado durante el siglo XVIII, o si el aumento existió, pasó a manos de los mercaderes peruanos que se llevaron todos los beneficios. Esto sólo explica, evidentemente, el estagnamiento de los precios chilenos, pero no los precios de los productos europeos que pudieron mantener constantemente su nivel en función de dos hechos: por lo pronto, el aumento del tráfico de los países europeos hacia las regiones americanas en general, con una encarnizada competencia de productos ingleses, franceses, españoles y holandeses. Desgraciadamente, no disponemos de ninguna prueba en apoyo, pero ha debido existir una gran posibilidad de que se mantuvieran a un mismo nivel los productos europeos, además de que ese nivel era ya extremadamente alto durante todo el siglo XVII y a principios del siglo XVIII de tal modo alto que (con grandes márgenes de beneficio) pudo englobar el alza que se manifestaba en Europa. Por otra parte un fenómeno parecido se manifestaba en Europa también, por lo menos para un producto: la sal. Durante todo el siglo XVI en Venecia —si se sigue el movimiento de precios de la sal— se ve que experimenta saltos sucesivos, aunque el precio de reventa en las salinas progresa constantemente: el hecho es que el Estado, monopolizador de la sal, fija precios tan altos, que llegan a englobar durante largos años los movimientos generales de alzas de precios y de salarios que los componen.

Nos queda por señalar un elemento esencial en contradicción (en apariencia) con este estagnamiento: el movimiento demográfico. A este respecto, los elementos de cifras de los cuales disponemos son muy poco numerosos y, resumiéndolos, se obtiene la siguiente tabla:

hacia 1570	620.000	habitantes en todo Chile			
hacia 1650	550.000	"	"	"	"
hacia 1825	1.100.000	"	"	"	"

Estas cifras son, naturalmente, muy discutibles. Pero una multitud de datos muestran este aumento de la población: referencias sobre los numerosos nacimientos de mellizos, sobre el establecimiento de "forasteros", sobre "la gran fertilidad de las mujeres", sobre la lucha, coronada de éxito, contra "la viruela", sobre el excedente de nacimientos sobre defunciones, sobre la longevidad. Entonces, el aumento y aun el aumento excesivo de la población, si se cree a todos los datos de que se dispone acerca de los parados forzosos y sobre el hecho de que jamás faltaban brazos para los trabajos en el campo, lo que producía una oferta de trabajo a tan bajo precio que un observador hacía notar que en Chile no existía interés por tener esclavos; la mano de obra "libre" llegaba a ser mejor mercado y los esclavos existentes eran más bien la expresión de la vanidad social que de necesidad efectiva de trabajadores.

Tomamos aquí el hilo mismo de nuestro problema de los precios: en efecto, esta masa de hombres estaba en relación inexacta, tanto con la producción (por falta) como con las necesidades del mercado de trabajo (por exceso), de tal suerte que ella no podía ejercer ninguna función estimulante sobre el movimiento de los precios.

Si los precios tienen la enseña de la estabilidad, lo mismo ocurre con los salarios. Disponemos de indicaciones sobre sueldos pagados a todos los empleados de la Casa de Moneda, desde el Presidente (\$ 3.000 anuales), hasta el Guardián Nocturno (\$ 150), pasando por el Fundidor Mayor (\$ 1.000) o el Beneficiador de Tierras (\$ 400), entre los años 1777 y 1800 no existe ninguna variación. Situación del Estado, se dirá. Seguro, no conocemos los salarios de los albañiles o de los carpinteros o de los trabajadores agrícolas: a las dificultades conocidas por cual-

quiera que se haya dedicado a la investigación de los salarios en Europa (pagos en especies o en productos alimenticios, bebidas, salarios de verano o de invierno), se agrega en Chile el problema del tabaco, o de la yerba, que en el siglo XVIII llega a ser en Chile la verdadera bebida nacional. Por lo tanto, nos hemos visto obligados a dejar de lado una numerosa documentación que habíamos recogido; pero quedan fragmentos que resisten toda crítica. Así, un "servicio", la confección de un par de sandalias para los monjes del Convento de San Francisco, costó desde 1778 a 1810 siempre el mismo precio: 4 reales. Por otra parte, no es menos significativo que el valor de la misa (pues dejando de lado su valor sagrado, la misa no era sino un servicio como cualquier otro, en el fondo) era, desde fines del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX, siempre de 1 peso (por la misa rezada) y 4 pesos (por la misa cantada).

Luego, estancamiento de los salarios.

En suma, pues, una situación paradójal: Chile era rico en productos agrícolas, pero su riqueza es tal que los precios se hunden a sí mismos —la abundancia daña— y también por falta de numerario, creándose una disparidad entre la masa que circula y la producción anual del país; rico en cobre, no tiene emisiones de este metal (la verdad es que toda América Latina, obedeciendo órdenes de la metrópoli no emitió jamás monedas de cobre); rico en plata, su circulación monetaria es una circulación esencialmente de *macuquina*; dotado de una serie de buenos puertos que podrían distribuir —manteniendo los precios más altos— los productos de ese largo país, se encuentra frenado en sus posibilidades de defensa y eficacia por la concentración en Valparaíso de las mercaderías en tráfico: en suma, dotado de todas las oportunidades que permiten abrirse hacia el porvenir, Chile no conoce en el siglo XVIII sino una vida muy lenta. Los movimientos de precios que hemos evocado lo muestra mejor que cualquier discurso. Esta situación da una amplia materia de reflexión.

Chile, en el siglo XVIII, se encontraba afectado por la lucha que sostenían Lima y Buenos Aires, los dos grandes centros de "dirección y poder en América": este hecho que, nos parece, no ha sido objeto de atención es una de las llaves de la explicación. Por un lado, Lima, capital de un enorme virreinato que, en substancia, cubría en el sur del continente la totalidad de la América española del Pacífico, constituía el pivote de toda la vida americana que daba cara a ese inmenso Océano. Por otra parte, Buenos Aires, conquistó casi sorpresivamente su rango de capital, hasta que se impuso, por el peso de los hechos mismos, la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1778.

Lo que ha podido significar esta lucha entre Lima y Buenos Aires ha sido expuesto, y bien expuesto, por Guillermo Céspedes del Castillo. Querriamos solamente insistir, sobre todo, lo que pudo significar para Chile y Santiago, el hecho de encontrarse entre estos dos poderosos personajes: depender del Perú para trasladar su enorme sobreproducción de cereales, y al mismo tiempo ensayar recibir del gran puerto del Río de la Plata, por vía terrestre, las mercaderías europeas, menos caras por ese camino que por las escalas tradicionales en los puertos peruanos; los puertos, deberíamos decir mejor el puerto peruano: el Callao. Depender pues, en gran parte, del tráfico peruano para obtener la moneda *macuquina* que, a pesar de su mala calidad, jugaba su papel de moneda fraccionaria y, al mismo tiempo, exportar para Buenos Aires grandes cantidades, esta vez, de buena moneda de oro o de plata; en una palabra, estar entre el Pacífico y el Atlántico. Este era un hecho nuevo, pues no lo olvidemos, para Chile el Atlántico era casi inexistente antes de la mitad del siglo XVIII... Víctima de esas contradicciones, debería perder, y perdió: en primer lugar, perdió la batalla de las monedas.

El Reino, repitámoslo, es un país con una producción agrícola superabundante, lo que con-

duce a una baja regular del valor de sus cosechas, y luego, a una disminución de lo que podría conseguir de sus exportaciones. Por otra parte, su producción industrial es casi nula: todo (o casi todo) lo que se produce por manufactura, debía ser importado: la posibilidad de sobrepasar el déficit se hallaba en la producción de oro y de plata, pero el país después de esta compensación quedaba de nuevo sin recursos propios. Chile, el gran Chile, se afirmará sólo cuando el cobre, en el siglo XIX, empiece a desempeñar su enorme papel, no sólo como materia prima, sino también como moneda. El oro —sobre todo el oro— y la plata de Chile, no nos cansamos de repetirlo, no tuvieron nunca durante la época colonial otro papel que el de compensar los déficit de la balanza de pago: después de lo cual el país quedaba agotado. Lo mismo pasará aún en el siglo XIX, pero el cobre (sobre todo el cobre) y la plata, en ese momento jugaron su papel.

¿Podemos deducir por un momento, a manera de primera y provisoria conclusión —una conclusión bien riesgosa en el estado actual de la documentación— una hipótesis que, bien entendido, me parece justa, y al menos se sitúa claramente en problemas de conjunto: lo que caracteriza la historia económica de toda la América española, comprendiendo Chile, es la falta de moneda fraccionaria, en una palabra, la moneda de cobre; la *moneda negra* de la vieja Europa, la moneda de los pequeños pagos, la moneda de los pobres. Veo dos fases en la historia económica de esos países de la América Hispana: una primera sin cobre amonedado, por las órdenes de Madrid; una segunda con piezas de cobre. Allí donde esta fase ha podido manifestarse con mayor nitidez, como en Chile, la vida civil —una vez conquistada la independencia nacional— se ha manifestado en seguida en una forma más neta. Pues, no lo olvidemos, no hay posibilidades de formación de capitales que no sea con la pequeña moneda, siendo esta última la base de todo ahorro: no era sin razón que Madrid prohibía a las colonias acuñar monedas de cobre; estas últimas constituían, en realidad, las patentes de nobleza de los países modernos e independientes... Chile —como los demás países de América española— llegará a conquistar esa patente: pero deberá esperar hasta el siglo XVIII; y a pesar de todo, conservará muchos rasgos de la circulación monetaria de la época colonial. Si no me equivoco, hay aquí material para nuevas reflexiones.

¿Podremos pensar entonces que durante todo el siglo XVIII, Chile ha tenido una vida miserable, desesperanzada? Claro que no. Bastaría, para demostrar lo contrario, pensar en el florecimiento de edificios públicos y privados en Santiago, pensar en la vida de los hombres —los más ricos, seguramente—, pero esto es ya un síntoma que llega a ser más fácil y más plena de preocupaciones que no son puramente materiales; en la difusión de la cultura: toda una serie de manifestaciones que muestran, en suma, que la vida económica toma un aliento más largo. Pero quisiéramos volver un instante sobre el aspecto peculiar de esta riqueza: la ligazón estrecha entre la modesta riqueza de Chile, aquella (grande, pero tradicional, sin un élan vital que le sea propio) de Lima y aquella otra de Buenos Aires (grande y viviente). Santiago es rico en la medida en que lo son sus vecinos: todo va bien en Chile cuando todo va bien en sus vecindades. En el caso chileno se verifica, *grosso modo*, la tesis un poco demasiado extendida, pero justa en el fondo, de C. H. Haring, sobre las relaciones entre España y sus colonias. C. H. Haring pretende que durante los siglos XVI y XVII, la metrópoli ha sostenido estrechas relaciones con las colonias de clima cálido, aquellas de las regiones tropicales, productoras de azúcar, de algodón, de tinturas; en el siglo XVIII —cuando el aprovisionamiento de mercados europeos de esos productos está asegurado de una manera regular, y con mejor mercado, por los ingleses, franceses y holandeses, y cuando la producción minera ya no está a la altura del

nuevo ritmo del progreso económico— la atención de España se desplaza hacia las regiones que Haring llama “las colonias agrícolas”, en la medida en que la navegación entre el Nuevo y el Viejo Mundo llega a ser menos complicada y más poderosa, pudiendo aplicarse al comercio de productos o pesados o voluminosos, y siempre de un mediocre valor unitario; las colonias de ese tipo se valorizaron entonces. La tesis de Haring se confirma con el desarrollo prodigioso del comercio de cueros del Río de la Plata y, en un plano diferente, en las primeras llegadas, hasta el Mediterráneo, del trigo de América del Norte. En ese triunfo de las “colonias agrícolas” sobre las colonias de “explotación” en el siglo XVIII, Chile está seguramente inserto, y su economía tiene una expansión limitada pero cierta.

La posición de Chile en la segunda mitad del siglo XVIII es, pues, una posición ambigua. Pero, la ambigüedad con sus ambivalencias ¿no ha sido una ley de la historia económica de la América del Sur? Hablamos del ímpetu económico del Río de la Plata. ¿Acaso un historiador atento e inteligente no ha llegado a conclusiones asaz curiosas sobre la riqueza de Buenos Aires? La riqueza que se desarrolló especialmente a la sombra de las franquicias acordadas a Buenos Aires fue ella misma, como valor, superior a la moneda realmente en circulación. Para Chile es lo mismo: faltaría sólo pensar, pero con muchas más reservas, que el *hiatus* entre riqueza y monedas ha sido aquí seguramente más fuerte que en otras partes.

Chile, durante el período colonial, ha sido un terreno de elección para los contrastes o, si se quiere, para esta asociación necesaria entre “economía natural” y “economía monetaria”; pues están las necesidades que afrontar para una economía monetaria en estado naciente. Para esta oposición, retomando la fórmula de Alfonso Dopsch, de la *Naturalwirtschaft* y de la *Geldwirtschaft*, dinero o trueque, Chile es un ejemplo maravilloso. El lector me perdonará este entusiasmo: un maravilloso ejemplo de una claridad que la economía carolingia, esa manzana de discordia entre Henri Pirenne y Alfonso Dopsch, ciertamente no nos prodiga. Muchas otras consideraciones se podrían presentar también en el plano de una economía teórica, que sería igualmente histórica. Pero yo dejo al lector el cuidado de evocarlos, reservándome el volver un día no lejano.

“ORIENTACION Y ORGANIZACION DE LOS ESTUDIOS SOCIOLOGICOS EN CHILE” POR EL PROF. HERNAN GODOY

por el prof. NORBERTO RODRÍGUEZ

Catedrático e Investigador de Sociología en la Universidad de Buenos Aires

En la consabida producción latinoamericana de contenido sociológico, volcada, por lo común, casi con acuciosidad, a cuestiones de filosofía social, de vagos enunciados o fórmulas genéricas que a nadie comprometen y referida a ideales, aspiraciones y postulados de estrecha significación localista aunque, curiosamente, al margen de los reales problemas de los respectivos países, este libro de Hernán Godoy Urzúa ofrece mucho más —y sólido— de lo que anticipa el título. Los temas examinados ~~primero~~ ofrecen observaciones agudas, precisas, sobrias, en quien los ha meditado a fondo y ha sabido situarse en un plano de concreción que le impide divagar por ámbitos en que las generalizaciones gratuitas son la norma. El ataque a los problemas presupone haber tomado clara conciencia de las dimensiones mundial y nacional que facilitan su adecuado encuadramiento, al atender a los necesarios datos com-

parativos. La simple enunciación de los asuntos abordados proporciona un indicio del real atractivo de este informe: la ciencia en el nivel socio-cultural latinoamericano, la sociología y el contexto social, el problema de la determinación de las áreas significativas de la realidad chilena en función de la sociología, la docencia y la investigación, las perspectivas ocupacionales para el graduado en sociología.

Las modalidades que en cualquier sociedad predisponen al cultivo de la ciencia y lo condicionan, no siempre se dan en nuestras naciones. Godoy Urzúa las considera adoptando los planteos de Bernard Barber y Robert Merton. A este respecto menciona las actitudes favorables a la racionalidad y al utilitarismo (o racionalismo aplicado a los fenómenos empíricos de la vida cotidiana), al universalismo que alienta las realizaciones basadas en virtudes